

La lucha de las mujeres en América Latina

Lola G. Luna *

AMÉRICA Latina es un continente lleno de riqueza y pobreza, de desigualdades sociales enormes. Sus contrastes aparecen igualmente en su geografía y en la diversidad de razas, culturas y lenguas. Esta diversidad tiene en común un pasado colonial y un presente dominado por una situación de dependencia de los centros capitalistas. Actualmente está sumergido en problemas de crisis económica profunda y estructural, de la que se conoce principalmente la deuda externa, el narcotráfico y la violencia.

Introducirse en América Latina desde esta perspectiva es pintar un panorama muy pesimista y de difícil salida. Actualmente la búsqueda de esa salida se está haciendo a través de la democracia, después del fracaso de los proyectos de liberación nacional a través de la lucha armada y de terceras vías socialistas, iniciadas en las décadas sesenta y setenta. Pero la situación es mucho más compleja y detrás de estos grandes temas hay otros desconocidos, pero no de menor importancia, que apenas comienzan a ser contados, como es la participación de las mujeres y la especifici-

* Profesora titular de Historia de América. Universidad de Barcelona.

dad que ésta contiene; entonces, la pregunta es cómo se insertan las mujeres en esta situación crítica y cuál es su respuesta.

Dónde están las mujeres y cómo

LA respuesta de las mujeres frente a la situación dictatorial, de crisis y de violencia, de los últimos 20 años ha sido la intensificación del trabajo y de las responsabilidades familiares, así como el aumento de la organización en una diversidad de grupos, centros, clubes, comités, movimientos, etc., en una creciente toma de conciencia de ser un género subordinado no sólo en la relaciones personales, sino también en las laborales y las que tienen que ver con el poder político y las decisiones.

Para comenzar hay que decir que en América Latina, sólo una minoría de mujeres tiene acceso a la educación superior, son profesionales y llegan a desempeñar puestos de poder. Excepcionalmente se pueden citar mujeres que han llegado a la jefatura de gobierno, aunque por corto tiempo como: Lidya Gueyler en Bolivia y Herta Pascal-Trouillot en Haití; Violeta Chamorro en Nicaragua presenta hasta ahora una permanencia mayor en el poder. También se encuentran algunos nombres femeninos ocupando Ministerios durante gobiernos de corte liberal, populista o socialista, en países como Colombia, Venezuela, Brasil, Perú y Nicaragua. Pero es evidente que estas mujeres no son representativas de la situación que viven la mayoría y tampoco representan los intereses específicos de las mujeres, aunque muestren sensibilidades en este sentido y en determinados momentos. Junto a esta minoría, hay también grupos no muy numerosos pero en expansión, de mujeres de clase media con una buena preparación profesional, que ocupan lugares en la administración, la empresa, la salud, la educación, la abogacía y otras nuevas profesiones. Por último, hay una mayoría de mujeres con una situación mucho menos favorecida que presentan una gama amplia: obreras industriales y agrícolas, que forman parte de ese ejército de mujeres jóvenes, que son un ejemplo de «la incorporación de las mujeres al desarrollo». Trabajan en las nuevas industrias para la exportación, de textil, electrónica, flores, conservas, y que lo hacen en condiciones laborales de sobreexplotación, sometidas a doble jornada. El caso de Chile en el que las mujeres jóvenes están siendo empleadas en las industrias para la exportación, dentro de su espe-

cificidad, podría tener también cierto carácter paradigmático, por estar procesado dentro del modelo económico neoliberal dependiente que se ha aplicado a otros países latinoamericanos salidos con anterioridad de situaciones dictatoriales semejantes y que puede seguir siendo aplicado en otros, dados los «buenos resultados obtenidos» en lo que se refiere a la productividad de las mujeres (1). También están aquellas mujeres que realizan hasta triples jornadas de trabajo, en el campo y en la casa, en el trabajo doméstico, en la prostitución, en el comercio informal o en las organizaciones para la sobrevivencia. Son mujeres que generalmente obtienen bajos salarios y que según las regiones son jefas de hogares, bien porque los hombres han emigrado a los centros industriales, bien porque éstos no asumen las responsabilidades de la paternidad. Por último hay una población de mujeres indígenas, que en países como en Bolivia y Guatemala son mayoría y que presentan perfiles diferentes: campesinas y comerciantes, de urbanización forzada, desplazadas, etc.

La situación descrita anteriormente se conoce después de casi dos décadas de haberse comenzado a investigar, en las ciencias sociales, el tema de las mujeres, especialmente desde la sociología, la antropología y la economía.

La investigación sobre la mujer en América Latina, surge inicialmente muy ligada a los proyectos de investigación para el desarrollo. Durante el desenvolvimiento de estos proyectos se produjo un impacto del feminismo en las propias investigadoras. Esto hizo que necesitaran replantearse el enfoque de la investigación para poder explicar la posición subordinada en la que se encontraban situadas las mujeres objeto de estudio. Esto las llevó a una búsqueda personal e intelectual, que desembocó en estos últimos años, en una tendencia interpretativa de las problemáticas de clase, género, raza, etc., que afectan a las mujeres latinoamericanas. Los focos iniciales de investigación fueron centros, algunos de ellos específicos de mujeres, creados en la mayoría de los países latinoamericanos desde la década de los sesenta y setenta, que iniciaron la investigación sobre la mujer priorizando los temas relacionados con el control de población y la relación de la mujer con el desarrollo, siendo apoyados por Fundaciones y ONGs de países centrales.

(1) Adriana Muñoz D'Albora, «Fuerza de trabajo femenina; evolución y tendencias», en *Genero, Clase y Raza en América Latina*, Lola G. Luna (compiladora, Seminario Interdisciplinar mujeres y sociedad, Universitat de Barcelona, 1992)

Lo anterior tiene que ver con la celebración en México en 1975 de la Conferencia Internacional del Año dedicado a los Derechos de las Mujeres, auspiciado por Naciones Unidas, que significó la institucionalización en las organizaciones internacionales de carácter gubernamental de la problemática de desigualdad que afecta a las mujeres. De esta manera se prestó atención a lo que movimientos de mujeres feministas de Europa, América y otras partes del mundo estaban reivindicando, desde finales de los sesenta. 1975 fue también el primer año del Decenio de las Naciones Unidas, orientado a mejorar la situación de las mujeres acerca de tres objetivos: igualdad, desarrollo y paz. Ahí comienza a mirarse la situación de las mujeres en relación con el modelo de desarrollo y se celebran reuniones internacionales sobre el tema. El Programa de Naciones Unidas para la Mujer partía en el año 1975 de que la mujer era marginal al desarrollo y de la necesidad de incorporarla a éste a través de la educación. Esta tesis más tarde se rebatió con el argumento de que las mujeres nunca han estado fuera de las estructuras de la producción ya sea en niveles de desarrollo como de subdesarrollo, pero eso sí, situadas en escalones inferiores, muchos de ellos invisibles (2).

Las políticas que se aplicaron desde las instituciones internacionales para el logro de los objetivos del Decenio fueron: campañas de publicidad sobre el Año Internacional de la Mujer, recomendaciones a los gobiernos para que asumieran la Convención sobre la eliminación de todas las formas de discriminación en razón de sexo, e inclusión del tema de la mujer en las agendas de las políticas de cooperación para el desarrollo.

Los objetivos del 75 se revisaron en la Conferencia Mundial de Copenhague en 1980. La conclusión fue negativa: la mujer parecía estar ausente de las preocupaciones del desarrollo. En 1985 se celebró en Nairobi la Conferencia Mundial para el Examen y la Evaluación de los Logros del Decenio de las Naciones Unidas para la Mujer, iniciado en el año 75. El documento final de la Conferencia fue clarificador: muy poco se había avanzado en la Década de las Naciones Unidas para la Mujer, aunque se habían identificado mejor los obstáculos existentes para el logro de

(2) Sobre esta polémica ver Esther Boserup-Christina Liljenkrantz, *Integración de la mujer en el desarrollo*, Programa de las Naciones Unidas para el desarrollo 1975, y Lourdes Benería-Gita Sen, «Desigualdades de clase y de género y el rol de la mujer en el desarrollo económico: implicaciones teóricas y prácticas». *Mientras Tanto*, n.º 15, Barcelona, 1983.

los objetivos (3). Uno de estos obstáculos era y sigue siendo la nula participación política de las mujeres en las grandes áreas de influencia, donde se dictan las políticas para su igualdad, algo que ya había sido señalado en la Conferencia de Copenhague, cinco años antes, cuando se hizo la evaluación de la media década. En Nairobi se siguió insistiendo en las recomendaciones sobre empleo, salud y educación para las mujeres, como fundamento concreto de la igualdad, el desarrollo y la paz.

Se ha barajado la crisis como uno de los obstáculos al desarrollo para las mujeres. Desde luego la crisis es donde han cristalizado los aspectos negativos que para las mujeres ha supuesto el mismo desarrollo. La situación de impasse y deterioro de las condiciones de vida y de trabajo de la mayoría de las mujeres, está relacionada con la situación económica y política que se ha dado en América Latina: crisis del modelo de desarrollo desigual y militarización social y política con efectos que están pesando especialmente en los sectores populares a través de la violencia y las políticas de ajuste por la deuda del FMI.

Las mujeres se ven afectadas de manera específica a través de sus deberes como género, todos ellos cercanos al sostenimiento de la vida cotidiana y el bienestar. De ahí que se vean obligadas a mayores trabajos para la subsistencia debido a las políticas de ajuste, asumiendo tareas asistenciales que sustituyen al Estado en áreas como la salud, la educación, la vivienda y el cuidado de los niños, al tiempo que son también mujeres las que están siendo expulsadas del sector servicios, con la reforma neoliberal del Estado.

La crisis del modelo de desarrollo dependiente ha producido un impacto en las mujeres, diferente al que produce en la fuerza de trabajo masculina, ya que para las mujeres supone la continuidad de la discriminación y aumento de la jornada de trabajo en sectores productivos ligados a la reproducción de la fuerza de trabajo, es decir servicios (4).

Se puede decir que la aportación económica que realizan las mujeres desde todos esos frentes de trabajo es definitiva para que actualmente sobreviva la mayoría pobre de la población. Se trata de una fuerza importante que tiene un rostro femenino hasta ahora invisible como género y a

(3) *Estrategias de Nairobi orientadas hacia el futuro para el Adelanto de la Mujer* (extracto), Instituto de la Mujer, Madrid, s/f.

(4) Teresita de Barbieri-Orlandina de Oliveira, *La presencia de las mujeres en América Latina en una década de crisis*. CIPAF, Santo Domingo, 1987.

la que no se le reconoce ni está representada en la toma de decisiones, dentro de la pirámide de poder a pesar de que su participación social y económica es considerable.

Las mujeres se organizan

La crisis económica, manifestada abiertamente en la década de los ochenta, fue un nuevo desafío para las mujeres en lo referido a la alimentación cotidiana. En la mayoría de los países, las mujeres de sectores populares respondieron creando comedores, gestionando desayunos para los menores (los llamados Vasos de Leche), formando cooperativas para las compras, talleres artesanales, etc. La sobrevivencia, por otro lado, se convirtió en lugar de encuentro de estas mujeres con otras mujeres de sectores medios profesionales, que desde tendencias feministas o desde otras militancias de izquierda comenzaron a trabajar desde Centros de mujeres u otras ONGs, con programas de ayuda y proyectos denominados de desarrollo.

Este encuentro es un fenómeno que aún es difícil de calibrar en cuanto a sus repercusiones futuras como motor de cambio en la situación de las mujeres porque se está procesando aún; en cualquier caso ya ha dado lugar a redes, a mayor conocimiento mutuo y a intercambios enriquecedores, así como al desarrollo de un trabajo de una cierta continuidad en diferentes temas como educación, salud, comunicación, trabajo y derechos de las mujeres.

Los antecedentes de las organizaciones actuales de mujeres están en los pequeños grupos que se fueron formando en el siglo XIX y que luchaban por la identidad de ciudadanas en igualdad con los hombres. Estas reivindicaciones se canalizaron en América Latina a través de los procesos de modernización que se dieron en algunos países latinoamericanos desde los años 20 (México, Colombia, Chile, Argentina, Uruguay, Brasil etc.) llegando también a aquellos que tuvieron otros procesos más tardíos (Perú, Ecuador, Bolivia y los países centroamericanos). Eran movimientos sufragistas que consiguieron el voto, el acceso a la educación superior, al empleo en cargos públicos y a la administración de los propios bienes por parte de las mujeres casadas.

El sufragismo fue un movimiento de emancipación de una situación en que la identidad mujer era naturalmente considerada inferior a la iden-

tidad hombre, de ahí el símil de la esclavitud que se encuentra a menudo en la literatura feminista de la época (5). No son movimientos de masas, son más bien elites medias de mujeres profesionales que reclaman el reconocimiento social como sujetos de derechos.

La lucha por los derechos de ciudadanía supuso sólo un inicio, una primera etapa en la constitución de las mujeres como sujetos políticos con capacidad de cambio. Los logros no fueron grandes, se les reconoció como ciudadanas de derecho pero no significó una participación relevante en la política ni una mejora en su situación. Posiblemente lo más importante fue que las mujeres llegaron a considerarse en ese momento como sujetos de derechos. La segunda etapa de la lucha de las mujeres por constituirse en sujetos políticos se inicia en los setenta y aún está en plena eclosión en América Latina. Se caracteriza por la diversidad de organizaciones de mujeres y por la capacidad de éstas para reaccionar ante dos situaciones críticas del continente: la crisis y la violencia. Las nuevas ideas feministas que fueron arraigando en el continente desde los setenta fueron un elemento clave que poco a poco fue estructurando en esta segunda etapa la acción de las mujeres. Esta acción ha estado dirigida hacia las mismas mujeres y hacia el Estado.

Las organizaciones de mujeres que habían surgido en la década de los sesenta impulsadas por el Estado para el reparto de víveres y la urbanización de los barrios, con una estructura organizativa vertical y dependiente, luego dieron un salto cualitativo en su organización interna, democratizándose e incorporando poco a poco la conciencia de género subordinado. Esto sucedió con los clubes de madres en los pueblos jóvenes de Lima, en las poblaciones de Santiago, en los barrios de ocupación de Bogotá, La Paz, etc. Estas organizaciones femeninas forman parte de los movimientos barriales de sectores populares, que son mayoritariamente femeninos, aunque los líderes en muchos casos sean masculinos.

La violencia que se desarrolla en América Latina por las dictaduras y las guerras ha movilizó también a las mujeres contra la violencia de Estado. El movimiento de las Madres de Plaza de Mayo es un ejemplo de movimiento de mujeres por los derechos humanos siendo la reivindicación de la vida como derecho lo que genera su identidad. Es un movimiento que tiene carácter femenino porque en los inicios se pensó así

(5) Para el caso de Colombia ver Lola G. Luna, «Feminismo y Femenidad en Colombia (1930-43)», *Boletín Americanista*, n.º 35, Universidad de Barcelona, 1985.

como estrategia ante la represión. Las cualidades de género, como el ser madre, se consideraron un escudo frente a la represión de la dictadura argentina; luego se vio cómo este acuerdo patriarcal del respeto a la madre también se violó cuando las Madres comenzaron a ser detenidas y desaparecidas. Ellas interpelaron al Estado por la vida de sus hijos, entraron en la política como madres y en su lucha politizaron el rol doméstico (6).

La lucha de las mujeres también ha puesto de manifiesto la existencia de una violencia de género: política, doméstica, laboral, etc. La llamada de atención hacia la violencia específica contra las mujeres la han realizado los grupos feministas. En este sentido, en el I Encuentro Latinoamericano y del Caribe, realizado en Bogotá en 1981 se tomó el acuerdo de considerar el día 25 de noviembre como jornada de lucha contra la violencia sexista. Esta fecha recuerda el asesinato de las hermanas Marival por la dictadura de Trujillo en la República Dominicana el año 1960.

Los movimientos feministas latinoamericanos fueron articulándose durante la década de los setenta, según un proceso específico, muy ligados al pensamiento liberal y de izquierda y a un sentimiento antiimperialista. En la década de los ochenta se han institucionalizado en la mayoría de los países a través de Centros de Mujeres de carácter no gubernamental (ONGs), en los que se trabaja con mujeres de sectores populares a través de diferentes temáticas de género: derechos, educación, salud, reproducción, creatividad... Este trabajo ha llevado a una articulación de la problemática de clase y de género, introduciendo el elemento de la subordinación de la mujer en los movimientos barriales (7). Por otro lado, esta orientación llevaba al feminismo latinoamericano a entrar en el campo de la cooperación internacional para el desarrollo.

Sobre la relación entre el feminismo, el desarrollo y la cooperación, se ha llevado a cabo una primera evaluación desde las ONGs de mujeres

(6) Jean Pierre Busquet, *Las locas de la Plaza de Mayo*, El Cid, ed. Buenos Aires, 1982. L. B. Gingold y I. Vázquez, «Madres de la Plaza de Mayo: ¿Madres de una nueva práctica política?», *Nueva Sociedad*, n.º 93, de 1988.

(7) Sobre el tema concreto de los movimientos de mujeres actuales hay bastante literatura, entre ella están los trabajos de Suzana Prates y Silvia Rodríguez Villamil: «Los movimientos sociales de mujeres en la transición a la democracia». *Documentos Ocasionales* 9, GRECMU, Montevideo, 1986; Virginia Vargas Valente: *Cómo cambiar el mundo sin perdernos, El movimiento de las mujeres en Perú y América Latina*, Ed. Flora Tristán, Lima 1992; Varias autoras: «Movimiento Feminista, Balance y Perspectivas. América Latina y el Caribe», *Ediciones de las mujeres*, n.º 5. Isis Internacional 1986; Lola G. Luna: «Género y movimientos sociales en América Latina», *Boletín Americanista*, n.º 39-40, 1989-90.

del Sur en estos últimos años, considerándose que ésta ha sido insatisfactoria: se ha trabajado con microproyectos puntuales que no han cambiado las condiciones de vida de las mujeres a las que iban dirigidos, por lo que no se ha cumplido el objetivo del desarrollo, y además su significación económica dentro de los presupuestos dedicados a la cooperación ha sido mínima. La crítica a la política de cooperación para las mujeres se basa en la falta de repercusión de los proyectos que se han venido realizando en la Década. Los pequeños proyectos referidos al mundo doméstico en su mayoría han jugado un papel puntual solamente y en casos tienden a reforzar el papel tradicional de las mujeres. No se han establecido programas de largo alcance como los que se han aplicado para los hombres, no se ha dado atención a la organización de las mujeres y al fortalecimiento de su posición en el mundo del trabajo rural y urbano, a su formación y participación política. La propuesta que se lanza para el futuro es educar al Norte en la cooperación para el desarrollo incluyendo la perspectiva de género en programas y acciones específicas para las mujeres que garanticen el acceso a los mecanismos de poder político y económico y a los espacios donde se toman decisiones que afectan especialmente a las mujeres y a su reproducción (8). No obstante hay que mencionar que las ayudas de la cooperación han favorecido la organización de las mujeres y su toma de conciencia como género subordinado y también han empujado la investigación sobre la realidad de las mujeres.

Como final digamos que en estas páginas solamente se ha hecho un enunciado de la situación de las mujeres latinoamericanas y la lucha que están desarrollando en las últimas décadas por mejorar su situación. También cabe añadir que esta lucha está cobrando un sentido mucho más amplio, yendo más allá de la sobrevivencia y buscando la transformación de las relaciones entre los géneros y de la vida cotidiana; es decir, el objetivo es cambiar la desigualdad de género por una igualdad en la diferencia. El terreno de la cultura ya ofrece manifestaciones femeninas en donde la creación literaria, la creación artística en general y la creación cinematográfica y audiovisual, junto a otras manifestaciones del pensamiento, expresan una nueva identidad de mujer con una nueva forma de organizar y pensar el mundo.

(8) Sobre este tema ver los dos volúmenes publicados por el Centro Flora Tristán de Lima, Patricia Portocarrero (Comp.): *Mujer en el desarrollo, Balance y Perspectivas*, 1990 y Virginia Guzmán, Patricia Portocarrero y Virginia Vargas: *Una nueva lectura: Género en el desarrollo*, 1991.